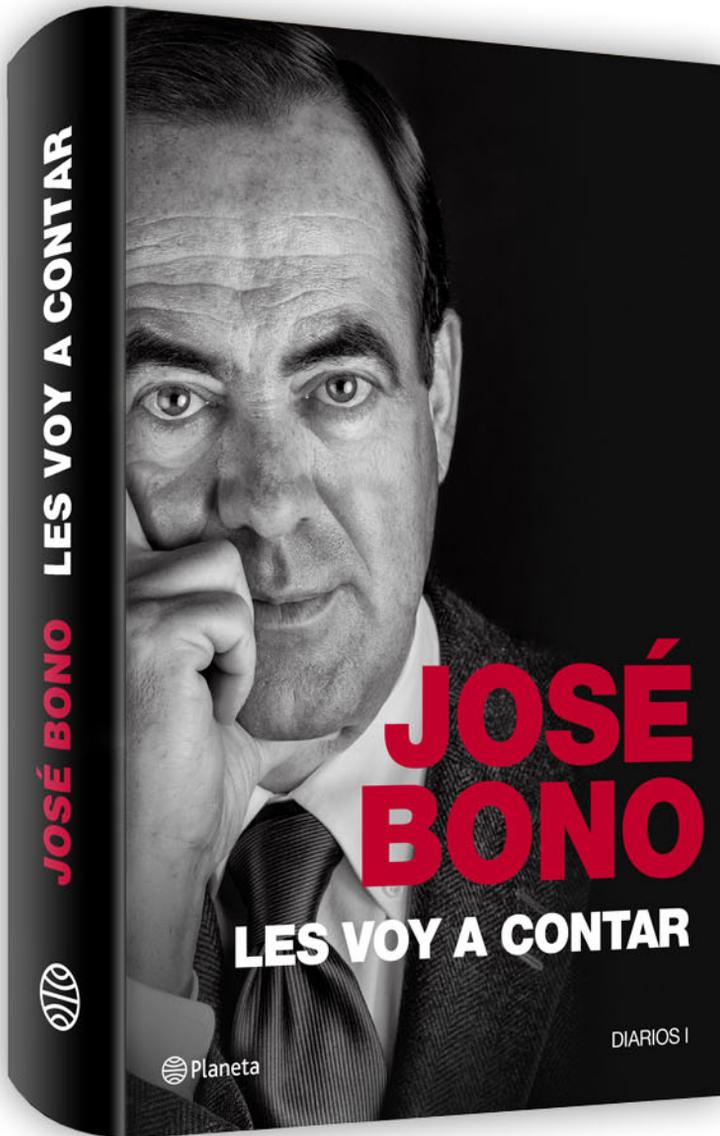


Fragmento

Les voy a contar

José Bono



POR PRIMERA VEZ, UN POLÍTICO LO CUENTA TODO...
DE TODO Y DE TODOS.

JOSÉ BONO

LES VOY A CONTAR

Diarios I

Prólogo

TESTIGO DEL PODER: ACTA DE SEIS AÑOS DE POLÍTICA ESPAÑOLA

¿Cuándo empecé y cómo elaboré el diario?

Este diario lo inicié el 8 de abril de 1992, día en que Ramón Rubial, presidente del PSOE, me animó a dejar constancia escrita de una experiencia de la que le había hecho confidente. Su narración constituyó el comienzo de mi condición de diarista, sobrellevada con no poco esfuerzo hasta el 12 de diciembre de 2011 en que dejé la presidencia del Congreso de los Diputados. Dos días después, el 14 de diciembre, cumplí 61 años y me regalé el descanso de no volver a tomar notas diarias. Ese día me liberé, sobre todo psicológicamente, de una tarea que llegó a ser obsesiva durante veinte años. También gané mucho tiempo libre cada jornada. Me explico.

El sistema de elaboración del diario era casi todos los días el mismo: notas escritas en mi bloc según iba transcurriendo la jornada; dictado al acabar el día en un magnetófono de bolsillo y, por último, transcripción que hacía Loli Campa, mi secretaria, a un ordenador que nunca he conectado a la red para evitar pirateos e intromisiones peligrosas. Es evidente que no todos los días dedicaba el mismo tiempo a esta tarea, pero, por término medio, nunca destiné menos de una hora de trabajo meticuloso, en el que nadie podía sustituirme y, con excepción de mi secretaria, tampoco nadie podía ayudarme. Si un día estaba muy cansado o el trabajo me ocupaba hasta muy tarde y no podía transcribir lo anotado, lo posponía para otro, pero la dificultad se acrecentaba porque el trabajo de dictar al magnetófono, procurando una redacción más o menos aseada, se me hacía muy cuesta arriba. Dejar de dictar un día me

provocaba una molesta sensación de ansiedad: me sentía culpable de una falta que debía corregir con el doble de trabajo cuanto antes. Ni fiestas, ni vacaciones eran motivo de excepción. Había noches que me despertaba tan inquieto por no haber cumplido con mi diario que, a deshora, comenzaba a dictar. Llegó a ser obsesiva la idea de no olvidar nada que, a mi juicio, fuera relevante.

Una libreta tipo Moleskine me acompañaba siempre, era mi memoria de papel en la que apuntaba desde los asistentes a una reunión, lo dicho por cada uno, los documentos que se manejaban y, a veces, hasta el menú de una cena. La obsesión por dejar constancia, por dar fe, me llevó en ocasiones a acudir a reuniones por las que no tenía interés inmediato, sino exclusivamente para que no pasaran inadvertidas a mi bloc. ¿Cómo privar a mi diario de algo que tenía relevancia objetiva? Así, acudí a actos e hice viajes que de no haber tenido diario me habría librado. Por ejemplo, el viaje a Aquisgrán con Felipe González, el cardenal don Marcelo, Jordi Pujol... lo hice pese a que una alta fiebre casi me impedía andar.

La verdad es que llevar un diario tenía una ventaja política que pronto aproveché. Escribir cada día me ayudaba a ser discreto. ¿Por qué? Es sencillo de entender. Yo no nací ni reservado ni parco en el hablar. Siempre he disfrutado más en la conversación con los demás que en la reserva. Me gusta hablar y me recreo en la comunicación. Decía Baltasar Gracián que hay que ser discretos, «las paredes oyen». La verdad es que no soy seguidor de Gracián en este prudente consejo. Más bien me rijo por otra máxima, la de san Agustín que parece laxa pero que es exigente y escrupulosa: «Ama y haz lo que quieras». Quien dice la verdad, ni peca ni miente. En términos generales, puedo afirmar que mi carácter me invita más a hablar que a callar y que me he llevado muchos disgustos por no callar. Quizá este libro me reporte alguno más. Como me costaba trabajo callar, buscaba recursos compensatorios y cuando algo debía ser silenciado, lo escribía. En la tarea de anotar y dictar reservadamente mis emociones, experiencias y proble-

mas, encontraba cierto desahogo: callo ahora —me decía— pero ¡lo dejo escrito en mi diario! Era una válvula de escape.

Por lo que acabo de mencionar, se comprenderá que este libro no es un ejercicio de prudencia. Lo sé, pero sí puede ser un ejercicio de justicia, al menos de justicia con la verdad. Nada de lo que escribí es concesión a la hipocresía. Pues eso, aquí va mi verdad, y puedo asegurar que, con los errores propios de toda obra humana, no hay mentiras interesadas ni párrafos de complacencia para los amigos, ni invenciones maledicentes para fustigar a los adversarios. Cuando quiero decir que políticos como Felipe González nacen pocos en el siglo, lo digo, y cuando quiero que un periodista gacetillero aparezca como un infame corrompido también lo digo... y lo demuestro.

En cuanto a las fuentes, se contienen en el diario mis conversaciones, experiencias, sentimientos, valoraciones, opiniones... y cuando utilizo las comillas es para dar fe de una literalidad casi exacta. Por ejemplo, hay transcripciones de las cintas magnetofónicas de las sesiones de la Comisión Ejecutiva Federal del PSOE, cuya copia tuvo la amabilidad de facilitarme Ciprià Císcar. En ocasiones, utilizo las comillas porque se trata de notas escritas que responden cabal y detalladamente de conversaciones que se anotaban cuando se producían. Muchas veces, hablando por teléfono tomaba notas de los asuntos más sobresalientes. En determinados momentos, era tan importante, a mi juicio, dejar constancia exacta de lo que oía que si no me era posible ir tomando notas en el transcurso de la conversación, me levantaba con cualquier excusa —una frecuente era ir al servicio— y escribía en papel o dictaba en grabadora los extremos más llamativos. También me valía de reglas nemotécnicas que aplicadas a lo largo de los años se me han hecho familiares e imprescindibles para reconstruir totalmente los hechos y las conversaciones. En otros casos la literalidad me la ofrecían amigos que me acompañaban, concretamente, José Luis Fernández y Cristóbal Rozalén, y que, conocedores de mi diario y de mi afán por la exactitud, me regalaban sus

notas escritas y hasta grabaciones. Tengo un archivo documental, un arsenal diría yo, de cintas y notas que respaldan los asuntos más delicados que ahora se publican.

La memoria es traicionera

La memoria es traicionera y caprichosa. Escribir un diario y leerlo pasados varios años es un ejercicio que, entre otras sorpresas, ofrece la de percatarnos de lo mucho que olvidamos. Hay episodios que, de no haberlos escrito con el detalle y usando el sistema que quedan explicados, dudaría hasta de su verosimilitud. Olvidamos muchas cosas y otras son recordadas de modo que no siempre se corresponden con la realidad. Por ello, cuando ahora he tenido que leer con detalle todo lo escrito, a mí mismo me han asombrado algunos hechos. No haberme permitido en la transcripción concesión alguna es la garantía que fortalece la veracidad de mis anotaciones. Pese a todo, si a la hora de entregar los originales a la editorial me sorprendía especialmente algo muy significativo, he llamado a las personas interesadas, a muchas personas, cerca de un centenar, para que me confirmaran lo que un día me dijeron. En esta experiencia de contraste he tenido la satisfacción de ver como casi todos los consultados iban recordando lo que un día hablamos, a medida que les leía por teléfono mis notas. Sólo dos personas tuvieron miedo a mantener lo dicho hace años y, aunque lo reconocían como cierto, me pidieron que lo suprimiera. En los dos casos he accedido, no sin lamentarlo, a su deseo.

Soy consciente de que quizá me surja algún enemigo nuevo, pero como ya no estoy en el mercado político-electoral me importa más la verdad que la conveniencia.

Prácticamente nada de lo que aquí se cuenta es de carácter personal. He suprimido comentarios de carácter íntimo y maledicencias graves. He procurado no faltar de modo grave a la discreción, pero con estas notas he querido proporcionar claves para entender mejor los acontecimientos políticos que

nos han afectado como país y como ciudadanos. Mi objetivo ha sido levantar acta, sin cortapisas ni autocensuras, de lo que he vivido y de aquello de lo que he sido testigo.

En el diario no hay nada relativo a mi esfera familiar e íntima. Se trata de un texto netamente político. Subrayo esta circunstancia para destacar que me ha costado, en ocasiones, callar sobre aspectos familiares en los que me hubiera gustado dejar constancia de mi opinión, pero no lo he hecho para preservar la intimidad de mis hijos, para evitarles un disgusto y, sobre todo, porque soy consciente de que el interés que mi vida pueda suscitar en terceras personas lo es por la dimensión pública o política de mi actividad.

Estas páginas son además para mí un ejercicio de transparencia, de mostrar a mis conciudadanos cómo somos y cómo actuamos los políticos y otras personas con responsabilidades públicas, más allá del relato oficial o incluso de las noticias que recogen a diario los medios de comunicación.

Éste no es un libro de memorias

Por cortesía a la atención que me presta el lector es obligado informarle que el libro que tiene en sus manos es el primero de tres que tengo comprometidos con Editorial Planeta. Este comprende desde 1992 hasta 1997 —más un epílogo que nos acerca a hechos relevantes de 1998 y 1999—, el segundo es el diario del ministro de Defensa (2004-2006) y el tercero recogerá el periodo de la presidencia del Congreso de los Diputados (2008-2011).

No he querido hablar de memorias sino de diarios. La palabra «memorias» evoca recuerdos y «diarios» tiene una connotación más notarial. Por ello debo afirmar lo más evidente, a fin de que no pase inadvertido: éste no es un libro de memorias porque no he recurrido para escribirlo a la memoria, ¡tan flaca casi siempre! Se escribió día a día y por tanto no hay recuerdos, sino hechos que se cuentan. Tampoco son unas memorias disfrazadas de diario para maquillar el pasado. Es

un diario político que se inició y se redactó con vocación de testimonio. En mis notas hay pronósticos errados y valoraciones que la realidad negó posteriormente. Sin embargo, como el lector podrá comprobar, no he querido corregirlos porque este diario no ha sido puesto en limpio partiendo de un guión. Por esta razón me he visto obligado a insertar algunas referencias a pie de página para mejorar la comprensión de lo escrito y para ampliar informaciones que se relacionan con lo narrado en el diario pero que no eran conocidas cuando lo escribía.

Me voy a permitir marcar esta distinción con dos citas de otros autores, políticos como yo, que han escrito lo que ellos mismos han llamado memorias.

Tierno Galván, el viejo profesor, tras quien tuve mi primera militancia política en el PSP, escribió en su *Cabos sueltos*: «El lector se percatará de que son recuerdos matizados por la imaginación. (...) He querido entrar en el pasado sin removerlo para que no enturbie el presente». Lo que aquí encontrará el lector no son «recuerdos» y mucho menos matizaciones imaginarias, sino textos escritos, cada uno en su presente, a los que les resulta completamente ajena la intención de «entrar en el pasado». Sobre el resultado que su publicación produzca —aclararlo o enturbiarlo— se escapa a mi intención y queda por entero al juicio de los lectores.

En el prólogo a sus *Memorias*,¹ Santiago Carrillo escribe «no quiero engañar al lector, contiene también la intención de justificar una actividad. Confiésenlo o no, todos los autores de memorias persiguen este fin». Admitamos que ésta puede ser una finalidad común a los libros de memorias pero, insisto, a un diario le resulta más difícil cumplir esa pretensión justificadora. Es evidente que no puedo sustraerme al instinto de conservación y que lo escrito tiene el sesgo de toda obra humana. Pero sepa el lector que no comencé a escribir para justificar mi actividad política, ni para ganar votos, sino para dar fe de lo hecho, de lo visto y de lo escuchado. De alguna mane-

1. *Memorias*. Santiago Carrillo. Planeta, 1994.

ra, he sido testigo del poder y he querido dejar certificación escrita de mi testimonio.

No es una versión «definitiva» tras varios borradores, sino la redacción original

Aclarado que tienen en sus manos no un libro de memorias sino un diario, cabe que el lector se pregunte: «¿Habrá escrito Bono un buen diario?». La respuesta sólo puede ser suya. He de decir que lo compuse ajeno a toda pretensión emparentada con la literatura; lo mío era exclusivamente el interés político. Sin embargo ahora, al presentarlo, siento la necesidad de examinar el resultado.

Para hacer mi propio juicio he tomado algunos parámetros. Dice el poeta y crítico literario José Luis García Martín que hay tantas formas de diarios como escritores de diarios, y cumple el requisito previo que el citado autor establece: que el narrador no hable sólo de sí mismo; que feche los textos; que el diario no sea sólo anecdótico pero que no tenga esa carencia; que esté lleno de indiscreciones ajenas sin necesidad de ser escandaloso y que tenga sus gotas de mala intención. Finalmente, que no sea aburrido aunque tenga valor documental, y que interese sobre todo a quienes no conozcan a las personas mencionadas en sus páginas, personajes que serán sus peores lectores.

De haber sabido todo esto en 1992, posiblemente hubiera redactado de otra forma. Si publicar este diario no es un ejercicio de prudencia, yo mismo pago el tributo de no ser prudente. No tuve el afán de contarle nunca todo, ni siquiera lo más importante de cada día, porque lo que contaban los periódicos ya está en las hemerotecas.

Me he atenido a la ética del diarista: cuando un personaje sale mal parado en los hechos contados, puedo dar fe de que, o he sido testigo directo de ellos o de que conozco esos hechos por testimonios fiables que cito.

Anécdotas no le faltan, sin excluir algunas eclesiásticas,

como la que da cuenta de los *cojones pétreos del obispo* de Cuenca o aquella que explica porqué Tarancón no tenía miedo en el entierro de Carrero.

Indiscreciones, propias y ajenas, las hay. He intentado en vano justificarlas en este prólogo pero dado que no son escandalosas no encuentro mejor justificación que el juicio del crítico citado: el buen diario debe ser «un poco indiscreto».

En cuanto a las gotas malintencionadas, me he permitido el desahogo de descargar un chaparrón entero de agua hirviente, pero clara, sobre un sucio gacetillero: el agua al gato a ver si se escalda.

Lo escrito no es una versión «definitiva» tras varios borradores, sino la redacción original cuyo contraste con la completa, de más de 17.000 folios, queda abierto al esforzado ánimo de quien quiera consultarla en el Archivo Nacional o en el Congreso de los Diputados, donde tengo intención de donar el texto íntegro de lo no publicado.

El torpe empeño de «hacer política con los suplentes»

Este primer volumen de mis diarios recoge una época que va desde el esplendor del año 1992 con las Olimpiadas de Barcelona y la Expo de Sevilla, a la caída del PSOE y la llegada de Aznar al Gobierno. Muchas notas del mismo ofrecen material que puede ser de alguna utilidad para reconstruir con verdad lo que ocurrió en aquellos años, en algunos de cuyos episodios participé.

Los socialistas nunca antes de 1982 habíamos tenido un dios. En casi cien años de historia todo lo más que tuvimos fue un santo, Pablo Iglesias. Pero a Felipe González lo convertimos en un dios cuando su liderazgo llevó al PSOE de ser una organización con relativa presencia en la lucha contra Franco a convertirse en el partido que gobernó España casi catorce años. El electorado fue generoso con los aciertos de su liderazgo que, aunque discutido internamente, porque en aquel PSOE se discutía todo, fue afirmándose no sólo como fruto

de sus excepcionales cualidades, sino también como consecuencia de la interesada labor del aparato, a cuyo frente estaba instalado un semidiós: Alfonso Guerra. Guerra era el vicario de dios en el partido. En realidad, el guerrismo, durante un tiempo, fue más que nada el felipismo militante, a fin de administrar en la Tierra, sin que faltara el provecho para los propios, el maná de cargos públicos que Felipe conseguía en las elecciones.

Luego, tras la ruptura del tándem Felipe González-Alfonso Guerra, cuyo hito público fue el apartamiento del segundo de la vicepresidencia del Gobierno, en enero de 1991, el guerrismo se convirtió en una corriente opuesta a la renovación del PSOE. Aquella experiencia partidaria que protagonizaron Felipe y Guerra enfermó y no sanó bien. Pero Almunia y Borrell nos hicieron añorar el pasado. Una carta de Benegas a Felipe de la que doy cuenta en este libro mantiene que los socialistas nos empeñamos «en hacer política con suplentes cuando los titulares no están lesionados». Lógicamente, perdimos el partido, y el PSOE, sin pena ni gloria, andando el tiempo llegó en 2004 algo disminuido a las mieles de un Gobierno que el PP quiso crucificar desde el origen sin reconocer su victoria. Entonces, fabricamos otro dios, José Luis Rodríguez Zapatero, más humano, es decir, menos divino que los anteriores, pero, pese a ello, con un poder interno más indiscutido que el del propio Felipe González. Pero ésta es materia del otro libro que se publicará el año próximo.

Este primer volumen termina, de hecho, el día 25 de mayo de 1999. Ese día, en el entierro de Ramón Rubial, Felipe González me dice que conoce la propuesta que me ha hecho Joaquín Almunia para que sea yo el candidato del PSOE en las próximas elecciones generales del año 2000.

Este diario reivindica, modestamente, la política

España y el PSOE necesitaban en aquellos tiempos de incertidumbre, al igual que en los críticos momentos que vivimos

hoy, políticos con autonomía que no lo fíen todo al deseo de continuar, de seguir. A este respecto recuerdo la primera rueda de prensa de Aznar ya en la Moncloa; respondió a la pregunta acerca de cuál era su principal objetivo en el Gobierno con un desahogo: «Mi objetivo es durar». No sólo Aznar piensa así, todos participamos en alguna medida de esa enfermedad, pero lo dijo tan atrevidamente que me impactó. Cuando mantenerse en el poder es el principal objetivo del político, no es raro que la ciudadanía marque distancias respecto de la política.

Este diario también se publica para reivindicar la política. Para defender la actividad a la que he dedicado la mayor parte de mi vida. Alguien pensará que no se defiende la política hablando sin filtros, como yo hago en este libro. Les respeto. A quienes me cuesta más respetar es a quienes se entregan al hipócrita ejercicio de mixtificar la realidad para embaucar a lectores ingenuos. Defiendo la política que conozco, la que hacen seres humanos con errores, con faltas, con imperfecciones. Éste no es un diario en almíbar ni una colección de peras en dulce para agradecer favores o justificar errores; tampoco lo es para defenderme de acusaciones recibidas. Para este último menester busqué buenos abogados —los madrileños Gerardo Viada, Antonio Bernal y el toledano José Antonio Galán Fuentes— y consiguieron que las trece querellas y denuncias presentadas contra mí cuando era presidente del Congreso de los Diputados fueran rechazadas en todos los casos por decisiones siempre unánimes del Tribunal Supremo.

Reivindico la política como un menester digno, como un afán por hacer las cosas bien. Se trata de que los políticos no hagamos descansar nuestra fama en la capacidad para descalificar al contrincante. Dicho así, puede resultar difícil de creer. ¿Por qué tiene Bono que reivindicar a los dirigentes del PP que impulsaron y hasta firmaron las denuncias y querellas contra él? Está claro que no reivindico a los difamadores, pero tampoco les odio. Por decirlo de una manera directa: cuanto tenía que hacerles pagar ya lo hice por adelantado al ganarles

en las urnas en seis ocasiones consecutivas, por mayoría absoluta, la presidencia de Castilla-La Mancha.

Ahora, retirado de la vida política, deseo defender a miles de concejales, alcaldes, ministros, diputados... que con su tarea honesta prestigian una actividad tan sublime como cualquier otra y en la que hay, también, algunos individuos sin vergüenza. Somos muchos los que no deseamos con nuestro silencio contribuir al desprestigio de la política. En mis *Diarios* no pretendo sublimar la actividad política sino defenderla desde la realidad cotidiana.

Los políticos no somos ni mejores ni peores que otros colectivos ciudadanos. Sin embargo, no hay error o falta de un político que quede oculto. Un médico, un sacerdote, un periodista quizá calle, mitigue o explique la falta de un compañero. En política todas las faltas se publican y se exageran. Ésa es, se dice, misión de la oposición. Y yo añado que cuando la oposición se distrae en la tarea, acuden los correligionarios a suplirla. ¿Qué otro colectivo soportaría esta prueba del algodón?

La reivindicación de la política está vinculada a diversos fenómenos pero, desde luego, está unida a la defensa de la autonomía que debe tener cualquier político que se tome en serio su tarea de representar a la ciudadanía. Fui de los primeros guerristas que dejaron el convento. Empecé en 1992 el camino de mi autonomía política, me abrí a un tiempo incierto y, desde entonces, siempre dije lo que quise y no pedí perdón por equivocarme ni permiso para opinar libremente. Soy de los míos, llevo los colores del PSOE en el corazón pero hace mucho tiempo que disfruto aspirando a ser también autónomo. Empecé a serlo cuando comencé a escribir este *Diario*. Continué cuando me opuse a la política medioambiental e hidráulica de Felipe González, lo seguí siendo en Cabañeros y en las Hoces del Gabriel, y lo fui como ministro cuando recordé la frase de Jean-Pierre Chevènement, varias veces ministro, que al dimitir ante Lionel Jospin le dijo: «Un ministro, o bien cierra la boca, o bien dimite».

Cerrar la boca supone no decir lo que uno piensa para seguir, para permanecer en el machito. Ser autónomo respecto del partido adversario es fácil; respecto del periodista que cada día te critica, es también fácil. Pero ¿cómo protegerse ante el periodista amigo que halaga, ante el propio partido que te regala el acta de diputado o ante el presidente que te nombra ministro? Yo he tenido la suerte de que mis mayores me han facilitado o, al menos, no me han condenado por tener criterio y expresarlo. La prueba es evidente: dimití como ministro ante Zapatero y éste, generosamente, me propuso para ser presidente del Congreso.

Que los políticos sean más autónomos es condición necesaria para incrementar el valor de la política. Además, no habrá mejoría en esta grave dolencia mientras no se derogue la Ley Electoral, que hoy por hoy invita a quien quiera ser diputado a conseguir el favor de quien hace las listas antes que el apoyo de quienes las votan.

El enorme poder de las cúpulas partidarias ha contribuido a que los parlamentos ya no sean lugar para convencerse unos a otros. Por ello, no es preciso ni escuchar al que habla ni siquiera asistir. Como decía un célebre parlamentario: «Los discursos de mis adversarios rara vez me han hecho cambiar de opinión, pero jamás de voto». Alguna vez, enfadado ante las ausencias del hemiciclo o la desatención al orador de turno, dije con evidente exageración desde la presidencia del Congreso: «Éste es el único local de Madrid donde, algunas tardes, no se escucha a quien habla».

El Rey y su familia

Por último, debo decir que me ha preocupado lo que tengo escrito sobre el Rey. He dedicado mucho tiempo a pensar sobre este asunto porque no puedo ocultar que siento cariño sincero por Don Juan Carlos y también por su hijo, el Príncipe Felipe. No quiero sumarme al coro de quienes son halagadores melifluos en su presencia y detractores inmisericor-

des a sus espaldas. Siempre que pensaba en la publicación de mis diarios, me asaltaba la preocupación de cómo tratar al Rey. He optado por decir la verdad con alguna reserva de carácter personal que, por el momento, no publico. En estos momentos, podría ayudar a esa casta de mercachifles que se levantan cada mañana con el único propósito de hacer daño gratuito y escandaloso y que cuanto más alto es el objetivo de sus dardos, más disfrutan de su felonía. Después de varias lecturas del diario —ninguna realizada por la Casa Real, para no comprometer a nadie— creo que lo que aquí se publica no cuestiona la figura del Rey y menos su persona. Es cierto que a algunos cortesanos les molestará algo de lo que digo. Pero estoy seguro de que si el Rey leyera el libro no se incomodaría o, por lo menos, su desagrado sería pasajero y leve. Cuestión más difícil se me planteará cuando aborde, en el segundo volumen, mis frecuentes relaciones como ministro de Defensa con el Jefe del Estado, pero para ese menester aún tengo todo un año de reflexión. Adelanto ya que siempre le dije al Rey lo que pensaba y que ésa es una condición imprescindible para la lealtad. Sin embargo, quizá se escandalicen esos sujetos ridículos que se cuadran y dan taconazo militar ante su Majestad y luego en voz baja insultan a la Princesa de Asturias y a quien se les antoja. Esos cortesanos, es posible que se escandalicen cuando, por ejemplo, lean que aconsejé, habida cuenta de cómo le van las cosas al señor Urdangarin, que sería deseable que su esposa, la Infanta, renunciara a sus derechos sucesorios. En una familia tan especial, tradicionalmente se apartaba de la línea sucesoria a quien celebraba un matrimonio morganático y se casaba con un humilde plebeyo. Pues bien, ¿cómo no apartar a quien se casa no con un plebeyo, sino con quien tiene una conducta «no ejemplar» como se calificó desde la Casa del Rey la actitud de Iñaki Urdangarin? No me hubiese atrevido a decir lo anterior si el calificativo no fuera tan contundente. No deseo mal a nadie, tampoco a Urdangarin, pero debe expiar su poco ejemplar conducta para que nadie tenga que cargar y pagar por ella.

Respecto del Príncipe baste decir que es el heredero mejor preparado intelectual y académicamente de la historia de España. En el terreno humano no tengo ni una sola razón para formularle una crítica consistente. Es verdad que son muchos los ciudadanos que no encuentran razones convincentes para justificar el principio dinástico que coloca como Jefe del Estado al hijo del anterior. Todas las razones que yo me he ido fabricando para mi consumo personal tienen más que ver con la conveniencia que con la convicción: el 23 de febrero, con un presidente de república, los golpistas nos habrían laminado.

La verdad es que, en España no lo han tenido fácil los reyes. Buena prueba de ello es que, desde Fernando VII, ningún rey que ha nacido en España ha muerto en España, con excepción de Alfonso XII. Recuérdese que Don Juan Carlos nació en Roma. Es más, todos los monarcas españoles en los últimos dos siglos han conocido el exilio. Todos.

Al cabo del tiempo, los reyes quedan desnudos ante la historia. Acaba sabiéndose todo sobre sus vidas, negocios, amores... Al final, nadie duda que los reyes sean humanos, muy humanos. Yo, desde luego, los prefiero frágiles a soberbios; arrepentidos a arrogantes; cercanos a estirados, y, sobre todo, humanos a divinos. Dicen que al escritor Juan Valera le apodaban el Divino, y uno de sus críticos comentaba: «Cómo va a ser divino si ni siquiera es humano». Nuestro Rey es humano y así se le quiere.

Gracias por la atención que presten a estas páginas en las que les voy a contar —como reza el título de este primer volumen—, algunas cosas acerca de cómo trabajan, sienten y piensan los políticos que he conocido, al margen de los titulares de prensa, de las entrevistas corregidas o pactadas, de los ataques injustos o de las alabanzas interesadas a una actividad, la política, tan necesaria como digna, aunque haya en ella desvergonzados como en todas partes. Les invito a que me acompañen.

1992

**OLIMPIADAS, EXPO DE SEVILLA Y...
¡JUAN GUERRA!**

En 1991, un año antes de iniciar este diario, concluyó la primera guerra del Golfo y se reunió en Madrid la Conferencia de Paz para Oriente Próximo. En la antigua Unión Soviética se registró un intento de golpe de Estado, tras el cual se aceleró la desintegración del conglomerado soviético.

El 7 de febrero de 1992 se aprobó en la ciudad holandesa de Maastricht el nuevo Tratado de la Unión, que representó el mayor paso adelante que ha dado Europa desde el Tratado de Roma, abriéndose a una ampliación inminente. El conflicto yugoslavo siguió encendiendo la pira del enfrentamiento étnico, que se reprodujo con especial virulencia a partir del 5 de abril, fecha en que la República de Bosnia Herzegovina fue reconocida como independiente por la Comunidad Europea.

Para España, 1992 fue un año especial, marcado por múltiples acontecimientos: la Exposición Universal de Sevilla, los Juegos Olímpicos de verano en Barcelona, la capitalidad europea de la Cultura de Madrid y la celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Pero las condiciones económicas internacionales y las estrictamente españolas en las que tuvieron lugar estas citas no fueron las más favorables, y el ciclo económico comenzó a deteriorarse ese año.

Al inicio de 1992, España tenía una población de 39 millones de habitantes y durante este periodo la natalidad alcanzó la tasa de 1,32 hijos por mujer, con una esperanza de vida al nacer de 73,9 años para los varones y 81,2 para

las mujeres. La población activa, en media anual, fue de 15,7 millones, y la tasa de paro alcanzó el 18,4 por ciento. Los precios crecieron el 5,9 por ciento y el PIB un 0,7 por ciento.

La posición relativa de España estaba en torno al 84 por ciento de PIB per cápita comunitario, lo cual equivalía al 75 por ciento de Francia, el 81 por ciento de Italia o el 86 por ciento del Reino Unido. Tres comunidades españolas (Baleares, Madrid y Cataluña) superaban en PIB por habitante a la media comunitaria y cinco se situaban por debajo del 60 por ciento de dicha media europea. De menos a más eran: Extremadura, Andalucía, Castilla-La Mancha, Galicia y Murcia.

Los escándalos de corrupción llevaron al PSOE a una situación electoral delicada, lo que redundó en un progresivo avance para el Partido Popular en los sondeos. Las encuestas de diciembre situaron al PP a menos de cinco puntos de los socialistas (la mitad de la distancia de las anteriores elecciones legislativas de 1989).

Ese mismo año, el caso de Amedo y Domínguez llega al Supremo, que declara al Estado responsable civil subsidiario por los atentados inducidos por estos policías. En el otro platillo de la balanza, la cúpula de ETA fue detenida en la localidad de Bidart.

Alfonso Guerra estaba cada vez más distanciado de Felipe González. Había cesado en la vicepresidencia del Gobierno en 1991, bajo la presión del escándalo protagonizado por su hermano Juan. Tras su salida del Gobierno, la fuerte división interna del partido se hizo evidente.

González nos proporcionó a los socialistas una de las escasas noticias positivas que nos deparó 1992 al anunciar que repetiría como candidato en las siguientes elecciones generales, que se celebrarían en 1993. Convencidos de que su tirón electoral no tenía sustitución posible, los socialistas recibimos con alborozo la noticia de que Felipe González había deshojado la margarita y continuaba en

primera línea. Pronunció el esperado «podéis contar conmigo», pero, paralelamente, impuso sus condiciones al aparato del partido o, lo que es lo mismo, al número dos del PSOE.

En 1992, Juan Guerra se sentó por primera vez en un banquillo y fue condenado a un año de cárcel por un delito fiscal. El juez Marino Barbero, instructor del caso Fílesca —red de presunta financiación irregular del PSOE—, se convirtió en una pesadilla para nosotros, los socialistas: en un solo mes ordenó registrar tres veces la sede central del partido, en la calle Ferraz, de Madrid, dos en el Banco de España y varias en entidades financieras de primer orden; citó a declarar a parlamentarios del PSOE; inspeccionó decenas de cuentas bancarias de militantes del partido, y acusó a los socialistas de obstruir su investigación.

Otros tres nombres propios fueron noticia ese año: murió el ex ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, Jordi Pujol se alzó, por cuarta vez consecutiva, con la victoria en las elecciones catalanas, y la líder indígena guatemalteca, Rigoberta Menchú, recibió el Premio Nobel de la Paz.

Miércoles, 8 de abril

Ruptura con Alfonso Guerra

Reunión con Alfonso Guerra en Ferraz, la sede federal del PSOE en Madrid. Le había pedido cita por indicación de mi amigo y diputado socialista, Donato Fuejo. Guerra había transmitido a Fuejo su disgusto porque «Bono está dando demasiado cuartelillo a Serra». Llego puntual a las once. Frialdad en el saludo. «He venido para saber —le digo— si es posible ser amigo tuyo aunque no coincidamos en todo.» «No te puedo impedir que me tengas afecto», me espeta. ¡Qué arrogancia! En ese instante decido que es el fin y que no estoy dispuesto a soportarle mansamente ni un día más. Le hablo con una claridad a la que no está acostumbrado: «Los afectos o son mutuos y recíprocos o no son, yo creo que puedo vivir bien sin tu amistad. Hoy empezaré a hacerlo». Se sitúa a la defensiva y me reprocha que le haya faltado a la lealtad: «Estoy muy vivo, no soy el cadáver que tú te crees». Casi todo su malestar lo cifra en «esa cena toledana que organizaste para que interviniese Obiols pero yo sé muy bien que lo hiciste con la intención de impulsar a Serra». No acierto a comprender lo que de malo tiene «impulsar a Serra», que es el vicepresidente del Gobierno, a no ser que quiera dar a entender que después de él sólo puede haber hecatombe y caos.

El 15 de enero, el primer secretario del Partido de los Socialistas de Cataluña (PSC), Raimon Obiols, había pronunciado una conferencia en Toledo. Queríamos mostrar nuestra solidaridad de socialistas castellano-manchegos con el PSC porque se acercaban las elecciones autonómicas en Cataluña. La idea fue de Juan Pedro Hernández Moltó, entonces diputado por Toledo. Cuando comencé a invitar, me sorprendió la gran aceptación que tenía la convocatoria. A la conferencia asistieron unas seiscientas personas pero en la cena posterior participaron más de novecientos comensales, entre ellos: Javier Solana, Joaquín Almunia, Narcís Serra, Eduardo Martín Toval, Juan José Labor-

da, Teófilo Serrano, Salvador Clotas, Alejandro Cercas, Vicente Albero, José María Mohedano, Miguel Iceta, Justo Zambrana...

Aquella cena era pues el problema con Guerra. «Estuve a punto de prohibirla», me dice. ¿Prohibirla? Se considera dueño de voluntades ajenas; Guerra tiene una idea del poder en la que sólo caben subordinados que le obedezcan o le halaguen. Sostiene que la «cena toledana la montaste a mayor gloria de Serra», y para intentar mortificarme añade: «Defiendes a quienes no te quieren. El otro día Obiols presentó una revista en Madrid y dijo que era una publicación para gente seria y no para los Ibarra, los Bono, etc.». Me percato de que estoy hablando con un profesional, con un perito en intrigas. «No entiendo —asegura— tu cambio; antes me consultabas hasta el nombre de un concejal de Cuenca... y ahora te dedicas a cuidar la imagen de mis enemigos; incluso me mandabas pasteles...» Efectivamente, los primeros miércoles de mes, en Infantes elaboran unos pasteles llamados alfonsinos —así nombrados en honor de otro Alfonso, el rey Alfonso XIII, que los degustó en los años veinte— y compro una docena de vez en cuando. Sabedor de la afición de Guerra por lo dulce, los comparto con él. Así fue hasta enero.

Creo que intenta ofenderme sin conseguirlo, porque ignora que a mi vanidad no le ocurre como a la suya; tengo un límite que él desconoce: no soy soberbio. Todos llevamos un niño dentro que vanidosamente se congratula con los halagos, pero la soberbia es otra cosa: Guerra se cree más que los demás y, por supuesto, mucho más que yo.

Lo más peregrino de la conversación es su teoría sobre la conspiración universal contra el partido, es decir, contra él. Por ejemplo, cuando habla de Jesús de Polanco, presidente de Prisa, en su relación con los ministros Carlos Solchaga, Javier Solana y Narcís Serra:

—Polanco intentó acabar conmigo aliándose con Solchaga, después con Solana y ahora con Serra. Esto no son opiniones sino datos y ya verás dónde acabáis todos.

—Al final, acabaremos en el cementerio, pero tú también —le digo.

—Felipe se equivocó al anunciar que no se presentaría a las próximas elecciones, y Serra no será el candidato porque al candidato lo va a elegir el partido, y no Felipe.

—Sí —le contesto—, pero lo va a elegir todo el partido, no sólo tú y los pocos que te van quedando.

—¿Pocos? Ya veremos quién es mayoritario cuando se vote en la Ejecutiva.

—Ya verás en lo que va quedando el guerrismo.

—Me da pena ver tan claramente adónde vais a ir a parar todos vosotros.

—Yo hubiera querido estar contigo, pero eso de que «el que se mueve no sale en la foto» ya pertenece al pasado. Somos muchos los que no queremos retratistas que nos inmovilizan.

A Josep Borrell, ministro de Obras Públicas, Transportes y Medioambiente, también le dedica unas palabras que me veo obligado a no aceptar en silencio; no por amistad con Borrell, sino por lo injusto de la acusación: le considera culpable del escándalo de Renfe.²

—Yo tengo otra opinión acerca de quién era el culpable —alego.

—Pero tú sólo tienes eso, ¡una opinión!, y yo tengo los datos —me responde en tono agrio.

Para mostrarle que está fuera de la realidad, le digo:

—Este año la ministra Matilde Fernández, que te es tan leal, ha dicho que no asiste al Día de la Mujer en Alcalá del Júcar porque no le gustan los actos a los que se transporta a la gente en autobús; dice que «son actos franquistas». La pobre ministra parece ignorar cómo llenamos las plazas de toros y los campos de fútbol cuando tú vas a un mitin.

2. En enero, el ministro de Sanidad y Consumo, Julián García Valverde, dimitió de su cargo tras ser acusado de participar en un caso de especulación inmobiliaria en la construcción de la línea del AVE Madrid-Sevilla mientras era presidente de Renfe entre 1985 y 1991. La injusticia se cebó con este compañero y la Justicia tardó 22 años en proclamar su inocencia. Ver sentencia absolutoria del Tribunal Supremo de 4 de noviembre de 2008.

—¿Cómo los llenáis? —me pregunta.

—¡Con autobuses, con muchos autobuses!, por supuesto. ¿Acaso crees que al anuncio de tu presencia en un pueblo las mujeres dejan de amamantar a sus hijos y corren a escucharte? Cada vez nos cuesta más llenar los autobuses.

—¿Por qué me cuentas a mí esto?

—Porque es la ministra Matilde quien habla del rechazo a los autobuses y porque ella es fiel portavoz y seguidora tuya.

—Yo no necesito portavoces.

—Pues seguidores, vas teniendo cada vez menos.

Se levanta. No soporta que le conteste. Es natural. Han sido muchos años de sumisión y estoy liberándome. No aguanta haberse ido del Gobierno y que el mundo siga girando como si nada hubiese ocurrido. Ya de pie, me lanza:

—¡Ya verás dónde acabáis todos!

—En el cementerio, Alfonso, en el cementerio, ya te lo he dicho. Ahí vamos a acabar todos. Hace unos días he estado precisamente en un cementerio y he visto que dos personas muertas hace algunos años caben en una caja de no más de cuarenta por cuarenta centímetros. Por importante que se sea, todos cabremos en una caja similar y sobraré caja, y tú también, Alfonso. Eso, si no te incineran, porque en tal caso, no quedará ni rastro de ti.

El cementerio al que me refería era el de mi pueblo, y las dos personas, mis padres, a quienes han cambiado de sepultura la semana pasada, pero no se lo digo. Ya no quiero compartir con él nada personal. No ha sido un trago fácil porque a Guerra le he tenido afecto muy sincero, pero ya no puedo soportar la situación de dependencia y de subordinación. No me siento cómodo. Y lo lamento porque, pese a todo, durante más de quince años hemos mantenido una amistad que no resultará fácil olvidar. Si fuera posible, me gustaría mantener con él una relación menos cercana pero sin alimentar la distancia. No creo que su carácter lo facilite.

Recuerdo, a este respecto, algo muy significativo que me contó Pepe Rodríguez de la Borbolla en junio de 1990. Acudí

a Sevilla a un acto electoral de la campaña autonómica con Manolo Chaves. Pepe, presidente todavía de la Junta de Andalucía, me invitó a comer en su casa junto a su esposa, Gracia. Lo que me dijo fue lo siguiente: «En noviembre de 1983 fuimos al palacio de la Moncloa una comisión de la dirección regional del PSOE para entrevistarnos con Alfonso Guerra. Nos recibió en su despacho a José Miguel Salinas, Ángel Díaz Sol y a mí. Estaba reclinado en su sofá y en tono displicente y distante nos invitó a sentarnos, como el que concede un favor. El motivo de la reunión era aclarar determinadas discrepancias políticas surgidas en torno a Rafael Escuredo. Tras un forcejeo ideológico, le dije a Guerra que no se equivocara porque los presentes no queríamos enfrentarnos a él sino que estábamos en una posición común con la dirección federal, es decir que estábamos del mismo lado de la raya, a lo que Guerra contestó que eso lo determinaba él, en cada momento. Le repliqué que nos dijera entonces dónde estaba la raya y su contestación no pudo ser más característica de su manera de actuar: “Esa raya también la señalo yo, en cada momento”».

Al salir del despacho me siento tranquilo y libre. Voy al AVE para hacer un viaje de prueba entre Madrid y Ciudad Real con periodistas. Me encuentro con el presidente del PSOE, Ramón Rubial, al que resumo mi conversación con Alfonso. Me da su opinión:

—Hay que decir siempre lo que cada uno opina. Yo no estoy ni con Alfonso ni con Felipe, pero eso que le has dicho es duro. Átate los machos porque Guerra reaccionará. ¿Cuántos le habrán hablado a Alfonso de modo parecido a como lo has hecho tú?

—Que estén vivos, políticamente vivos, sólo uno que es Bono —añade Mercè Sala, la presidenta de Renfe.

Rubial me anima a escribir mis experiencias. A la vuelta del AVE a Madrid tomo notas por escrito e inicio la elaboración de este *diario*.³

3. Cuando decidí escribir este diario, viajando entre Toledo y Ciudad Real, hacía cuatro meses que había cumplido 41 años y más de la

Jueves, 9 al martes, 14 de abril

Felipe no tiene ministros, como mucho... subsecretarios

El día 9, viajo a Sevilla para ver una exposición de pintura del torero, y ahora también pintor, Sebastián Palomo Linares. En el avión coincido con el diputado, y miembro del *clan de la tortilla*, Luis Yáñez, al que comento mi conversación de ayer con Guerra y los celos que tiene de Serra. Yáñez cree que «Narcís Serra no tiene mucho futuro. Felipe me comentó el otro día cenando que le consideraba un buen vicepresidente, pero que no lo veía como candidato para su sucesión. Antes que Serra me dijo que tenía quince candidatos». Quince quizá son muchos pero que Felipe no piensa en Serra como sucesor es cada vez más evidente, aunque me temo que Narcís no se lo huele todavía. Con Serra mantengo una buena relación, aunque nuestros inicios fueron tormentosos por causa del campo de tiro de Cabañeros. Nos hemos ido conociendo y tengo de él un excelente concepto. Es trabajador, minucioso y solidario. He sido testigo y beneficiario de su capacidad para olvidar enfados y conflictos. Su labor como ministro de Defensa y su capacidad de embridar a unos militares levantiscos, en los primeros años ochenta, es un servicio que España le debe a este patriota catalán. Hoy en día nadie piensa en golpes militares y ese mérito, en gran parte, es fruto del trabajo de Narcís Serra i Serra.

El lunes, día 13, se inauguraron las estaciones del AVE en Madrid-Atocha, Puertollano y Ciudad Real. En Ciudad Real, nos encontramos en la estación con unos treinta agricultores que protestaban por la situación del campo. En una pancarta

mitad de mi vida la había dedicado a la política. Me adherí al Partido Socialista Popular (PSP) de Enrique Tierno Galván en 1969, en pleno franquismo, recién celebrado mi dieciocho cumpleaños. Ya en democracia, empecé perdiendo: en 1977 no obtuve el acta de diputado por Albacete. Me presentaba en una coalición del PSP con la Democracia Cristiana de Joaquín Ruiz-Giménez. Estrené acta de diputado en el Congreso, por el PSOE, en 1979, y desde 1983 soy presidente de Castilla-La Mancha.

podía leerse: «Bono, ¡defiéndenos de Madrid!». Mercè Sala lo comenta con asombro: «Parece una petición más propia de Cataluña que de La Mancha». El *café para todos* tiene estas cosas. La verdad es que mi tierra debe menos al centralismo que la periferia, pero en el imaginario del nacionalismo, los castellanos pasamos como «dominadores» y la verdad es que hemos estado tan dominados que ni siquiera sabíamos que éramos dominadores.

Hoy, día 14 de abril, en el 62.º aniversario de la II República, se inaugura el AVE entre Madrid y Sevilla. Los Reyes no han acudido. Unos bromean aludiendo al día que es y otros más informados, como Luis Reverter, el secretario general de Presidencia, sugieren que la amenaza de un atentado es la causa de su ausencia.

Cuento a Borrell mi pelea con Guerra y él dice sentirse «maltratado por algunos compañeros de Ferraz. En la medida que no eres obediente, te desprecian; han hecho correr infamias sobre mí». Me las cuenta. El ex ministro José Barrionuevo me ilustra acerca de Julián García Valverde, titular de Sanidad y Consumo, que fue presidente de Renfe: «Gozaba del apoyo de Guerra y de Solchaga. Estaba en las dos listas, en los dos bandos para ser ministro y, naturalmente, lo fue... No lo cesé en mi ministerio porque pronto me percaté de que, a lo mejor, tenía más fuerza que yo. Los ministros teníamos el poder muy disminuido». Esta confesión me recuerda el comentario del ex ministro Ernest Lluch cuando pedía a su secretaria la documentación para ir al *Consejo de Subsecretarios* y ésta le corregía: «Se refiere usted al Consejo de Ministros». «No, no —replicó Lluch—, en este Gobierno de Felipe, ministros, lo que se dice ministros, sólo hay dos, el resto somos, como mucho, subsecretarios.»